

## CAPÍTULO VI.

RELACIONES ENTRE LA IGLESIA Y LA NACION ESPAÑOLA EN LA  
SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI.

### § CCLXVI.

*D. Enrique IV de Castilla.*

La historia ha calificado á este Rey con el título de *Impotente*: quizá mereció mas este título en la parte moral que en la física, por su debilidad en el gobierno, en lo que fue vivo remedo de su padre. Es indudable que las plantas y las razas decaen, reproduciéndose entre sí mismas y en un mismo terreno, y la historia nos enseña que las razas Reales mas nobles y vigorosas llegan algunas veces á bastardearse en tales términos, que en lo intelectual, en lo moral y en lo físico, se hacen impotentes. Tal sucedia con la raza Real de Castilla desde mediados del siglo XIV.

De ahí aquellos reyes pródigos sin prudencia, lascivos y de continuo amancebados, vendidos á sus favoritos, acosados por los grandes, y burlados de sus súbditos. D. Juan II se aproxima á Toledo, y el pueblo le cierra las puertas, y le dispara con rechifla insultos mas crueles que las balas. En Salamanca le dispara igualmente desde la catedral el arcediano Juan Gomez y le hace retirar del palacio del Obispo. Ora preso, ora derrotado, ora perseguido, ora en la tutela de D. Álvaro de Luna, ora en la de otros grandes ú obispos, D. Juan pasa una vida abyecta, y deja á su hijo D. Enrique un reino revuelto y desgobernado, carga superior á los débiles hombros de Enrique IV. Pasiones de mal género debilitan la constitucion robusta de este Monarca, rodéase de judíos y gente descreida: á vista de los desórdenes del Rey por una parte, y de la infame deslealtad, rebeldía habitual y ambicion turbulenta de los grandes por otra, el historiador se decide á no dar la razon á ninguno de ellos. Hoy en dia tiene D. Enrique IV el *Impotente* acérrimos defensores. Y ¿cómo no los habia de tener al verle rodeado de una corte impía y un tanto

desafecto á la Iglesia <sup>1</sup>? Con disgusto vemos mezclados en estas miserables luchas de Castilla á los Prelados de algunas iglesias de las mas notables. El arzobispo mismo de Sevilla, Fonseca, apoyaba á doña Guiomar, la manceba del Rey, contra la Reina. El Arzobispo de Toledo se pone á la cabeza de los Grandes rebeldes y sediciosos, y comete en Ávila el horrendo desacato de quitar la corona á la efigie del Rey y echarla á puntapiés del tablado, coronando en seguida al infante D. Alfonso <sup>2</sup>.

Afortunadamente nuestra mision reduciéndose á la parte religiosa nos permite alzar la vista de las guerras, batallas, rebeliones, intrigas palaciegas y bajezas. Mas ¿á dónde la volverémos durante esta época que no se hallen iguales miserias?

### § CCLXVII.

*D. Alfonso V de Aragon.*

Las guerras que sostuvo en Italia Alfonso V de Aragon si acarrearón graves perjuicios, produjeron en cambio la ventaja de dar salida fuera del país á los genios díscolos é inquietos. Alfonso V de Aragon, uno de los reyes mas sábios, políticos y valientes de España, apellidado con razon el *Magnánimo*, adolecia de grandes defectos, entre ellos la aficion desmedida á los placeres. Semejante al célebre Aníbal, las delicias de Capua le hicieron olvidar mas de una vez las pobres montañas de su país natal. En su ausencia gobernó la vasta monarquía aragonesa su esposa la reina doña María con un aplomo, prudencia y dignidad sin igual. Era princesa de gran corazon y nobles prendas, hermanadas con una gran piedad. La iglesia colegial de Daroca y otras muchas de Aragon y Cataluña recuerdan con gratitud sus beneficios. Durante su vida supo enfrenar las ambiciones, reunir y dirigir las Cortes con habilidad; y mientras su aventurero esposo

<sup>1</sup> En *espíritu fuerte* ha venido á trocarse la *impotencia* de D. Enrique, y uno de nuestros literatos en un folleto escrito con pretensiones de reformar nuestra historia, á gusto de la Propaganda de Gibraltar, le preconiza por el *mejor rey* de España. *Risum teneatis!*

<sup>2</sup> Sitiando poco despues los rebeldes á Simancas, los del pueblo por desprecio formaron una causa burlesca al Arzobispo, degradaron su estatua y la arastraron hasta el quemadero. Á esto se exponen los Prelados que olvidando su mision de paz toman parte en las miserias políticas...



gozaba las delicias de Nápoles, veíase á doña María triste y silenciosa, pero resignada y sumisa, llevar el trabajo de Gobernadora del reino, ocultando con severa majestad alguna que otra lágrima que furtivamente se escapaba de sus párpados. Los aragoneses pronuncian su nombre con respeto, y pudieran compararla con Isabel la Católica, si los celos no la hubiesen precipitado en actos demasiado violentos para una mujer<sup>1</sup>. Muy noble y cristiana fue la acción de aquella prudente Reina, hermana del de Castilla y esposa del de Aragon, cuando se presentó cual íris de paz entre los ejércitos de las dos coronas, próximos á batirse, haciendo armar su tienda entre los dos campamentos, y consiguiendo evitar aquella lucha fratricida.

No le faltaban tampoco á D. Alfonso V de Aragon cualidades altamente cristianas. Al saquear á Marsella con su escuadra, en venganza de los males que los franceses le habian hecho en Nápoles, prohibió á los soldados entrar en las iglesias, ni llegar á las mujeres que se acogiesen á ellas, haciendo guardar las puertas de los templos por los mejores caballeros de su ejército. Uniendo á la piedad la galantería, rehusó tomar las alhajas y preseas que le ofrecian agradecidas las mujeres, cuyo honor habia salvado. Pero su conducta con el papa Martino V tuvo mas de política que de cristiana. Bien es verdad que el Papa poniéndose de parte de la casa de Anjou contra la de Aragon dió motivo al Rey para que en perjuicio suyo volviera á presentar en la escena al antipapa Luna. Caro pagó el papa Martino el favor que dió al de Anjou, como sucedió á sus antecesores siempre que en las guerras de Italia se pusieron de parte de la casa de Francia, pues se vió obligado á llamar á toda priesa á D. Alfonso. A la muerte de Martino V mostrósele contrario el papa Eugenio IV. Temeroso este del Emperador y del carácter que iba tomando el concilio de Basilea, trató de aliarse, como lo hizo, con el Rey de Aragon; pero á fuer de veneciano, y deseando hacer á su república participante del despojo de Nápoles, se alió nuevamente con el Emperador en perjuicio de D. Al-

<sup>1</sup> En un arrebato de celos la reina D.<sup>a</sup> María ahogó con sus propias manos á D.<sup>a</sup> Margarita de Híjar, dama suya y querida del rey D. Alfonso, que juró no volver en su vida á ver á la Reina, y lo cumplió. Tales acciones eran propias del siglo XV. La reina D.<sup>a</sup> Juana, esposa de Enrique IV, dió de bofetadas públicamente á la Guiomar, querida del Rey, y D.<sup>a</sup> Beatriz de Bobadilla, confidenta de D.<sup>a</sup> Isabel la Católica, amenazó dar de puñaladas al Maestre de Calatrava, que pretendia casar con aquella, si se acercaba á D.<sup>a</sup> Isabel.

fonso, á quien tuvo que acudir nuevamente, cuando perseguido por sus mismos súbditos hubo de escapar de Roma disfrazado de fraile franciscano, y acogerse á nuestro D. Alfonso. La política de este seguía en los asuntos eclesiásticos una marcha consiguiente á la inconstancia de aquellos Papas: cuando estos se le mostraban hostiles, adheríase á un antipapa ó bien al concilio de Basilea. Mas cuando vió al papa Eugenio en tal estado de abatimiento, ofrecióle generosamente su escuadra y persona para lo que dispusiera, y le prometió pasar al Concilio en clase de abogado suyo á defenderle, en el proceso que contra él se habia formulado. Inútil y molesto seria continuar en la relacion de aquella tortuosa política, en la que á ninguno se puede dar la razon. El papa Eugenio se mostró despues acérrimo enemigo de D. Alfonso, llegando el caso de absolver á los napolitanos del juramento de fidelidad al Rey de Aragon, dando nuevamente la investidura de aquel reino al Duque de Anjou. En vano envió á su confesor para exhortar al Papa que se abstuviese de tomar parte en la política, pues léjos de eso juntó sus tropas con las francesas contra la casa de Aragon. El patriarca de Alejandría Juan Viteleschi, que mandaba las tropas pontificias aliadas con las francesas, excomulgó al Rey; pero el concilio de Basilea vengó á D. Alfonso absolviéndole de todas las censuras, anulando la revocacion de la investidura dada á la casa de Aragon, y deshaciendo todos los actos del Papa en perjuicio de D. Alfonso V. En cambio los embajadores de este trabajaron poderosamente contra el papa Eugenio, y contribuyeron á la farsa de su deposicion, que hizo el obispo de Vich Jorge de Ornos, embajador del Rey de Aragon. Resentido de ello el patriarca Viteleschi, concibió el aleroso proyecto de prender á D. Alfonso, que confiado en la tregua estipulada por un mes, se hallaba celebrando la noche buena (1437). Apenas tuvo el Rey tiempo para salvarse, quedando su equipaje y servidores en manos del pérfido Patriarca. En vano se quejó el Rey al Papa de aquella indecente violacion del derecho de gentes; pero Dios vengó aquella afrentosa acción. El Patriarca vió su ejército perdido, y él mismo hecho objeto de escarnio y desconfianza, fué á morir á Venecia, pobre, odiado y envilecido.

Eugenio IV, perseguido y odiado de sus compatriotas los venecianos, tuvo que acogerse por fin otra vez al amparo de D. Alfonso, á quien tanto habia perseguido. ¡Justos juicios de Dios!



§ CCLXVIII.

*Papas españoles del siglo XV.*

FUENTES.— Véase Alzog, tomo III, § 273. — Villanueva: *Viaje literario*, tomo IV, carta 32.

Poco tenemos que añadir á lo que dice Alzog sobre los dos Papas españoles del siglo XV: la censura que de ellos hace es dura, pero no injusta. Las historias de Aragon pintan á Calixto III con los mas negros colores. A la muerte del virtuoso pontífice Nicolao V, la grande influencia que Alfonso V ejercia en Italia con sus victoriosas armas logró poner en la cátedra de san Pedro un Papa de su devocion, en la persona del cardenal D. Alfonso de Borja, obispo de Valencia. Era hijo de un labrador de Játiva<sup>1</sup>: san Vicente Ferrer habia profetizado á su madre que seria Papa, y él habia vivido siempre en la íntima conviccion de que llegaria á serlo, en términos que tenia hecho voto de promover una cruzada contra los turcos cuando fuera Papa.

Grandes cualidades adornaban á Calixto III; y hubiera sido un excelente Pontífice, sin el vicio del nepotismo. Este le obligó á ser ingrato con su antiguo Rey y continuo bienhechor D. Alfonso V. Malquistóse con este porque amparaba á uno de sus principales soldados, del cual el Papa se tenia por agraviado. Echó en cara á D. Alfonso el que no activase la cruzada contra los turcos, á pesar de que todos los Reyes de la cristiandad se habian negado á tomar parte en ella, excepto el Duque de Borgoña; mas no se arredró el genio emprendedor de D. Alfonso. El Legado del Papa llegó á Nápoles con seis galeras, á las cuales el Rey unió quince además de otras siete que llevaba el arzobispo de Tarragona D. Pedro de Urrea. Recelábase con razon D. Alfonso de las miras ambiciosas del papa Calixto, con respecto á Nápoles, y antes de salir á la cruzada exigió por medio de su embajador que le confirmara el Papa la investidura de Nápoles, Benevento y Terracina; cosa que harto merecia, no solo por haberlos ganado, sino en premio de tomar sobre sí los gastos y responsabilidad de una cruzada. Negóse el Papa con frívolos pretextos; y conociendo el Rey que deseaba aquel aprovechar cualquiera ocasion

<sup>1</sup> *Hidalgo pobre*, suelen decir sus historiadores; pero Villanueva cita un *Cronicon* manuscrito que vió, y decia: *fill de un bon hom laurador de Játiva*.

para traspasar aquellos feudos á sus parientes, segun su ciego y funesto nepotismo, se negó á tomar parte en una lucha tan arriesgada, en que iba á jugar no solamente su vida, sino su corona en provecho de otros. De esta manera la funesta aficion del Papa á sus parientes privó á la Iglesia de los beneficios que quizá reportara el arrojado magnánimo D. Alfonso V, á cuyas armas parecian encadenadas la fortuna y la victoria.

La experiencia acreditó cuán verdaderas habian sido aquellas sospechas: así que murió D. Alfonso, el papa Calixto privó á su hijo D. Fernando del derecho que le daba á la sucesion en el reino el testamento de su padre; absolvió á los napolitanos del juramento de fidelidad, y se reservó el derecho de disponer de la corona. Mas como era público que la queria para sus odiosos sobrinos, y por otra parte las armas aguerridas del nuevo Rey de Nápoles eran muy temibles, nadie hizo caso de la interesada cólera del Papa. Preparábase este á una lucha de mal género contra el hijo de su bienhechor, cuando la muerte atajó sus proyectos. Mas equitativo el nuevo papa Eneas Silvio (Pio II), capellan y amigo que habia sido de Alfonso V, revocó la sentencia dada contra D. Fernando, y le confirmó el feudo é investidura de Nápoles. La bondad de Pio II contrasta con la ambiciosa ingratitud de Calixto III.

¿Qué podremos decir de Alejandro VI? La historia eclesiástica y civil han cubierto su nombre de oprobio<sup>1</sup>, y no deberemos ser los españoles quienes recarguemos este cuadro. La España habia reformado sus costumbres en gran parte, y veia con pena que un español en el trono de san Pedro fuese objeto de escándalo. El Gran Capitan entró en Roma (1499), y amenazó al Papa de parte de los Reyes de España que si no reformaba su conducta y sacaba de los Estados de la Iglesia á sus relajados hijos, haria entrar las tropas españolas y le encerraria en el castillo de Sant-Ángelo. El Papa trató de amenazar al valiente Gonzalo; pero ¿cómo se habia de hacer respetar un hombre impuro y relajado<sup>2</sup>?

<sup>1</sup> Alzog presenta sus crímenes muy al vivo, y á pesar de eso no los presenta todos. No me atrevo á defender á Alejandro VI, pero es indudable que se ha fingido mucho respecto de él.

<sup>2</sup> Mariana, lib. XXVI, cap. xv: «Á la verdad la disolucion era tan grande que dió libertad á un hombre de capa y espada para perdelle el respeto, y



A pesar de eso la Iglesia de España y aun mas nuestros Reyes debieron muchos beneficios al papa Alejandro VI. Les confirmó la administración de las tercias reales <sup>1</sup>, el derecho á la conquista del Nuevo Mundo, segun las ideas de aquel tiempo, en que se creia necesaria la autorizacion pontificia para nuevas conquistas, el título de Católicos que aun usan nuestros Reyes, y algunos otros favores á iglesias y establecimientos. A vista de los excesos cometidos en el siglo XV por los tres españoles que ocuparon la cátedra de san Pedro, Benedicto Luna y los dos Borjas, no es de extrañar que no haya vuelto á sentarse en ella ningun español <sup>2</sup>.

§ CCLXIX.

*D. Juan II de Aragon y Navarra.*

A la muerte de Alfonso V, entró á reinar en Aragon su hermano D. Juan II, rey de Navarra, á quien ya habia dejado por Lugarteniente del reino en los últimos años de su vida, en mengua de su mujer la reina doña María, á quien solamente dejó la tenencia de Cataluña, y muy limitada. Era D. Juan hombre astuto mas bien que político, y que no reparaba en los medios para llegar al fin. A pesar de ser religioso en el fondo de su corazon, no pocas veces ahogó en él las voces de la Religion y aun las de la naturaleza: vivió odiado y temido, y de muy pocos apreciado.

Largas luchas hubo de sostener con su hijo el Príncipe de Viana. Era este jóven de mucha erudicion y cultura, aficionado á los sábios y dotado de muy buenas prendas: los catalanes en su odio contra don Juan II hicieron un ídolo de este Príncipe. A su muerte varios frailes fanáticos de aquella ciudad publicaron milagros numerosos y estupendos del Príncipe de Viana, á quien llegaron á dar culto. Su-

«forzó á los príncipes, en particular á los Reyes de Castilla y Portugal, á hacerle instancias sobre lo mismo con diversos embajadores que sobre esto le enviaron.»

<sup>1</sup> Véase el § CCXLI en este tomo.

<sup>2</sup> La casa de Borja tenia un buey por divisa: san Vicente Ferrer habia dicho: *El buey mugirá tres veces*, — lo cual se interpretó en sentido de que habria tres Papas de aquella casa. Creyóse cumplida la profecía al advenimiento de Inocencio X en el siglo XVII, pues estaba emparentado con la casa de Borja.

poníasele muerto con veneno, y se culpaba de este atropello y de los desafueros cometidos por el Rey, á su segunda mujer la castellana doña Juana Enriquez, tachada de ambiciosa é intrigante, para poner en el trono á su hijo Fernando. Estando ella en Barcelona, un predicador llamado Fr. Juan Galves concitó al pueblo contra ella, y vióse en la precision de salir de la ciudad <sup>1</sup>. La historia acusa al obispo de Vich, D. Cosme de Monserrat, de haber tomado parte en aquellas supercherías para concitar al pueblo contra el Rey, y segun eran aquellos tiempos quizá el cargo sea demasiado cierto <sup>2</sup>. La guerra continuó furiosa por mucho tiempo, y D. Juan II se vió en las mayores angustias en que jamás se encontró ninguno de sus antecesores: su astucia, su energía é indisputable valor, y los excesos mismos de sus contrarios, vinieron á darle la victoria. Cuando Barcelona, oprimida por un largo asedio y por las facciones que estallaron entre los rebeldes, se vió precisada á rendirse á D. Juan, portóse este con una cordura y lenidad tal, que manifestó bien su profunda política. A su regreso de Perpiñan rehusó la silla de plata que le ofrecieron los Consellers para que entrara en triunfo, y la dió para la iglesia catedral <sup>3</sup>. Léjos de mirarse como un conquistador, trató á los barceloneses como un padre que recibe al hijo arrepentido. Nunca se mostró tan grande D. Juan II como en aquella ocasion.

Durante la guerra murieron envenenados, segun la opinion vulgar, D. Alfonso, hermano del Rey de Castilla, y la malograda princesa doña Blanca de Navarra, hija del Rey de Aragon, á la cual tenia presa en el castillo de Orthés su ambiciosa hermana la Condesa de Foix.

§ CCLXX.

*Los Reyes Católicos.*

En medio de las hajezas, horrores y borrascas del siglo XV, despues de tantos cismas, rebeliones, guerras, ambiciones, rebeldías, ingrati- tudes, envenenamientos, fraticidios, y cuantos males puede abortar

<sup>1</sup> Mariana, lib. XXIII, cap. iv.

<sup>2</sup> Así lo piensa y dice el dean Moncada.

<sup>3</sup> Véase su descripcion en el tomo II de Cataluña en la obra titulada: *Recuerdos y bellezas de España* que publica D. Francisco Parcerisa.



la imaginacion, llegamos por fin á encontrar una figura bella y pura, digna de admiracion y de respeto en la sin par Isabel la *Católica*, embeleso de los españoles<sup>1</sup>. A despecho de su hermano casa con el infante D. Fernando de Aragon y rey de Sicilia, faltando á un juramento arrancado por la fuerza y sin la dispensa de parentesco, pero engañada en uno y otro por el Arzobispo de Toledo que le hizo creer haberse otorgado la dispensa y que no estaba obligada á cumplir el juramento, habiendo protestado de antemano la violencia ante testigos.

¿Cómo en medio de la corrompida corte del rey D. Enrique se conservó intacta la virtud de aquella jóven, reconocida por la mujer mas pura de su tiempo? ¿Cómo en medio de una corte incrédula se mantuvieron fervorosas la piedad y la fe de aquella Reina, á quien cuesta trabajo no apellidar Santa? Échanle en cara que usaba algunas veces de cilicios, que habiendo asistido á una corrida de toros se horrorizó en términos de jurar no asistir á ninguna otra, y que recibía con frecuencia los Sacramentos. Y ¿son estos cargos contra una cristiana, una dama y una reina?...

No eran iguales las virtudes de su esposo, y mas de una vez celos amargos vinieron á turbar la tranquilidad de su casto pecho. D. Fernando era sábio, astuto, enérgico y valeroso, como su padre D. Juan II de Aragon: tenia sus fragilidades, vicio habitual de los Reyes de Aragon y de casi todos los de su tiempo. Compensaba estas con otras cualidades eminentes, con una fe viva, gran respeto á la Iglesia y sus ministros, aversion al asesinato y los envenenamientos, á que tan aficionados eran los príncipes de su tiempo, y finalmente con su esplendidez para con los templos y establecimientos literarios. Muchas iglesias magníficas de España recuerdan sus favores: San Juan de los Reyes de Toledo, la catedral nueva de Salamanca, la soberbia y riquísima fachada de su Universidad, Santo Tomás de Ávila, el hospital de Santiago y convento de Santa Cruz de Segovia, el de Santa Engracia en Zaragoza, San Jerónimo, Santiago, y San Francisco de Granada, son un testimonio de su aficion al esplendor del culto divino. Aquel Rey, que no gastaba camisa sino cosida por su esposa,

<sup>1</sup> Solo un escritor contemporáneo, á quien ni aun nombrar queremos, en un folleto detestable, en que aclama por el mejor rey de España al imbécil Enrique IV por ser *despreocupado*, la calumnia.

cuyo colete de ante solia recibir mangas nuevas de tiempo en tiempo, parco y aun pobre en su comida, hallaba tesoros que prodigar cuando se trataba de las cosas de Dios, ó de pública utilidad. Las nobles prendas de doña Isabel, su dulzura, modestia y exquisita sensibilidad suavizaban la rudeza de las costumbres militares de D. Fernando, de aquel Rey que hacia peor letra que su mujer<sup>1</sup>. La Reina era la virtud, el Rey el vigor, y de la union de estas dos cualidades resultó la felicidad de España. La union de las coronas de Aragon y Castilla, la expulsion de los moros de su último baluarte de Granada, el descubrimiento del Nuevo Mundo, la incorporacion á la corona de los turbulentos maestrazgos de las Órdenes, la represion del feudalismo, son beneficios de primer orden para la nacion, sin contar otros muchos de segundo orden, aunque no menos importantes; y si cualquiera de ellos bastaria para eternizar la memoria de un monarca, ¿qué no serán tantos y tantos reunidos?

En medio de esta prosperidad y bienandanza, la Providencia probó fuertemente á los dos esposos en los afectos mas puros de su paternidad. Doña Isabel, estéril por mucho tiempo, atribuía su fecundidad á la intercesion de san Juan de Ortega, á quien vivamente se habia encomendado; pero sus hijos fueron todos desgraciados. El príncipe D. Juan, jóven de grandes esperanzas, embeleso de sus padres y de la nacion, muere en la flor de sus años. Esta desgracia pudo producir un bien con la subida al trono de D. Miguel de Portugal, pero la muerte le arrebató igualmente. Las hijas doña Juana y doña Catalina pasan á ser esposas de dos príncipes inmorales, como Felipe I el *Hermoso*, y Enrique VIII de Inglaterra.

Entre los bienes que la nacion española debió á los *Reyes Católicos*, fue uno de los principales la reformacion de costumbres principiada en su tiempo, especialmente en Castilla. El mal venia de arriba, y reformada la cabeza, pronto se vió la mejoría en los miembros de la nacion. Los hombres solemos medir la grandeza de las cosas por su bulto y esplendor: los beneficios arriba citados son efectivamente mas de bulto, pero quizá este otro sea mas sólido é importante.

<sup>1</sup> Se ha querido suponer que D. Fernando el *Católico* no sabia firmar, y aun así lo han escrito algunos de sus biógrafos. Esto es falso. Puede verse su firma en la coleccion de rúbricas publicada por el Sr. Bofarull; pero es cierto que su letra es casi indescifrable.